

DIRECTOR ARTÍSTICO
—
PEDRO DE ROJAS

Redacción: Jordán, 1 y 3.

MADRID EN BROMA

SEMANARIO HUMORÍSTICO

DIRECTOR LITERARIO
—
MANUEL CEREZO
DE AYALA

Redacción: Jordán, 1 y 3.

Suscripción. — Madrid: trimestre adelantado, 1'50. — Provincias: 2. — Extranjero: 3'50.

EN LA PRADERA, por ROJAS



—¡Vid, Colasa, mi qué bien pital
—¡Si, pero me paice quo cuando llegamos al pueblo, ya no tienes más el pito sano!

SUMARIO

Texto: Mesa revuelta, por Cascabel. — ¡Al Santo!, por Javier Luceño. — La pena del Talián, por M. López Costa. — Lo que es la elocuencia, por Angel R. Chaves. — De balcón á balcón, por Juan Pérez Zúñiga. — Diálogo perruno, por Ricardo Soto. — Temperaturas ardientes, por Eduardo de Palacio. — La gitanilla, por Manuel Occada. — Con puñitos y comas, por Manuel Cerezo de Ayala. — Quisicosas, por Ricardo R. Vilarino. — Mi gloria, por Francisco Ruiverriz de Torres. — Entremeses.

Grabados: En la pradera, ¡Al Santo! y Pintores escénográficos, por Rojas — Miscelánea, por Luque.

MESA REVUELTA



están aquí!

Me refiero á los *Isidros*, ó sea á los forasteros que vienen á pasar las fiestas que en honor del Santo se celebran en esta villa y corte.

¿Quién es el que no tiene algún pariente lejano, ó cercano, que venga á visitarle á uno estos días?

Yo creo que nadie, pues hasta parece que hasta de las peñas salen individuos, que luego resultan ser *primos*... del que menos lo piensa.

Eso sí, ellos vendrán á molestar, pero en cambio traen unos bollitos fabricados por la *parienta*, que, según ellos, son cosa rica, ¡ya lo creo! como que son de aceite; pues bien, Dios nos libre de echarnos á la boca uno, porque entonces tendríamos que hacer uso de la badila, ó cosa parecida, para que nos ayudase, en forma de baqueta, á tragarlo..., y ¡cuidado con decir que están duros! lo primero que contestarían sería que era usted un orgulloso, un descastado, que no los quería comer porque eran de la familia... en fin, que á la fuerza se tiene uno que tragar por lo menos dos de esos bollitos, que por la forma se parecen á la *morcilla* ó *bolita* que echan á los perros.

Sin embargo, si estos *primos repentinos* vienen solos, todavía no se puede uno quejar; pero, ¿y si traen á los *chiquillos*? entonces, entonces es cuando se puede decir que la *langosta* ha entrado en aquella casa.

—*Miá, miá* Silvestra—exclama uno de los *pequeñuelos*,—esto sí que está blando,—y se deja caer sobre un sillón de la sala.

Aunque á uno le den intenciones de romperle... cualquier cosa, se tiene que contentar con la intención, porque si nó, ¡qué habladurías habría luego en el pueblo!

¡Pegar al hijo de la tía Mónica!

No cabe mayor atrevimiento.

Durante los días que permanecen aquí, que, según sus mismas frases, «piensan estar *muy* poco tiempo, *custión* de quince ó veinte días!» no quieren dejar de ver la casa de fieras del Retiro, la Academia de la lengua, (¿para qué?), los *musedos* y demás cosas que sean *dignas* de verse.

Por supuesto que para ver todo esto hay que estar hecho un zascandil, pidiendo tarjetas á todo el mundo, para ver lo que no sea de entrada libre.

¿Y las preguntas que hacen?

¡Que por qué no han llevado al *musedo Natural* una culebra que mataron en su pueblo y que tenía no sé cuantos pies! ¡que por qué hay *trenvía*! ¡que cómo sube la bola del *reló* de la Puerta del Sol! ¡Que dónde está la puerta! y ¡qué se yo! una infinidad de preguntas, que si se contestase á todas no había tiempo, en todo un año, para dejarlos plenamente convencidos.

¿Y las comidas?

Que si no echan chorizo.

Que si los garbanzos son más *ricos* los de su tierra.

Que si el agua es mala.

Que si no beben vino.

Y todo esto se tiene que aguantar; porque al fin y al cabo son unos *primos*.

Pero, aunque se sufra mucho, todo se remedia luego comiéndose un bollito de los de aceite; y lo que dicen ellos:

—Hoy por tí, mañana por mí.

Las elecciones para concejales se han verificado.

Gracias á ellas, muchos individuos han podido desayunarse.

A la hora de almorzar ó de tomar un *pisco-labis*, los que forman las mesas de los centros se han visto acosados por muchos de los que repartían candidaturas á la puerta.

En uno de los centros he podido observar á uno de esos tipos de los que se ven muchos.

Alto, delgado, con levita de no sé qué año, pero supongo que procedente de la guerra de los franceses.

Pues bien, este tipo, que, según pude ver, fué en su tiempo inspector (¡qué tiempos aquéllos!), entraba á los centros á la hora de almorzar, y... ya no quedaba nada, es decir, sí, quedaban los platos, y eso ¡que si no fuera porque son de porcelana!

Como éste hay muchos, con la diferencia que á unos les da por comer á costa de votos.

Y á otros por fumar cigarros puros.

¡Por supuesto, que no sean de diez céntimos!

CASCABEL.

¡AL SANTO!

Ya el pícaro invierno
sus alas batió;
ya han vuelto á la corte
los días de sol;
ya venden la fresa
con gran profusión;
las flores reacen,
principia el calor,
están en los Circos
gimnastas y clowns,
y está D. Antonio
de pésimo humor
por las elecciones,
que al cabo perdió.

Ya está el día quince
encima de nos (t),
y hay que ir á la ermita
de nuestro patrón,
del gran San Isidro,
del buen labrador,
que siendo casado,
según pienso yo,
con toda certeza
la gloria de Dios
ganóse el pobrete
por santo varón.
¡Acaso el buen hombre
la vida pasó
con suegra y cuñadas!
Por eso el Señor,
muerto, le hizo santo;
y hacerle debió,
tras de santo, mártir,
si no confesor.

¡Al Santo! gritemos;
¡llegó la ocasión!
Y cogen los chicos,
y á un amigo ó dos,
y un par de tortillas,
y carne, y jamón,
naranjas y queso,
y vino Medoc
(y si no hay dinero,
cogen peleón),
y andando, al instante,
formados de á dos,
hacia la pradera
sin más dilación,
dirigen los pasos
diciendo: ¡aquí voy!

¡que somos nosotros
la nata y la flor!

Se van por la ronda
cantando un *rondó*;
llegan hasta el río,
pasan el pontón,
que el Ayuntamiento
desde el año... dos,
provisionalmente
nos edificó;
y si no se hunde,
y no hay chaparrón,
y piernas quebradas,
como ya ocurrió,
llegan á la ermita
en gran pelotón,
visitan al Santo,
y *sanseacabó*.

Después de merienda,
como es de rigor;
corre la alegría
y corre el alcohol,
corren los rateros
y corre... ¡hasta Dios!
Se bailan *schotises*,
se canta en *caló*,
se ven panoramas,
se pierde la voz,
se pierden pañuelos,
se pierde... el honor;
y hay broncas y riñas,
y algún chapuzón,
y muertos, y heridos,
y, en fin, ¡qué sé yo!
Se gasta el dinero,
se gasta el humor,
las fiestas terminan
en la prevención,
camino del *Este*
se van más de dos;
y, mientras, el Santo,
con gran aflicción,
dirá desde el cielo,
presa de dolor:
—¿Y es en honor mío
toda esta función,
donde hay moquetazos
de marca mayor?
¡Pues es una ganga
ser vuestro patrón!

JAVIER LUCEÑO.

(t) De nosotros, quise decir; pero las sílabas...

LA PENA DEL TALIÓN

¿Te apuras porque á cierta amiga tuya
un beso amante dió,
hollar do así la fe de un juramento
que á tí te concedió?
La cosa es por demás clara y sencilla;
si á tu amiga besó,
con un amigo suyo haz tú lo mismo,
y que ese sea... ¡yo!

M. LÓPEZ COSTA.

LO QUE ES LA ELOCUCENCIA

I

AQUELLO era verdaderamente asombroso. Increíble parecía que cerebro humano pudiera contener tal número de palabras, y más increíble se hacía que salieran todas ellas hilvanadas unas con otras de unos labios, produciendo aquel inagotable chorro de elocuencia, que dejaba extático y anonadado á todo el que le escuchaba.

Y tal facultad era indudablemente un don del cielo, porque Facundo había ya dado muestras de ella en edad muy temprana; y la prueba de que no podía haberla aprendido de nadie es, que las únicas personas que en el pueblo hablaban alguna cosa, eran el cura y el maestro de escuela, y el primero tampoco despuntaba por la oratoria, que las dos únicas veces que había osado subir á la cátedra del Espíritu Santo, había tenido que descender de tan elevado puesto, sin pasar de los comienzos del exordio de su panegírico. En cuanto al segundo, una tartamudez rebelde é inveterada le impedía verter, en largos y redondeados periodos, los tesoros de erudición que indudablemente poseía.

El mismo padre de Facundo, á pesar de haber seguido, según su propia expresión, una carrera literaria (era el albéitar titular del pueblo), jamás había pasado de llamar al pan, pan y al vino, y ya que no despreciara los arrequines y floreos de la retórica, los dejaba para otros, convencido de que la solidez de la esencia no necesita para nada de adornos y sutilezas.

Esto no quitaba para que admirara con todas sus fuerzas el talento que Dios había dado á su hijo, ni amenguaba en nada su íntima persuasión de que Facundo llegaría con aquella verbosidad á escalar los más altos puestos de las grandezas humanas.

Que el chico parecía estar en camino de ello, claramente lo anunciaba el que, cuando apenas le apuntaba el bozo, ya sus convecinos le habían elegido Concejal, y él era el que hacía y deshacía en la Casa del Común.

Verdad es que su gestión administrativa no se marcó por mejora alguna en la localidad. Pero esto se debía indudablemente á que aquellos bárbaros (también esta es expresión de su padre) no podían entender al que tan por encima de ellos estaba.

La prueba de esta verdad es que, una vez en que derrochó durante más de dos horas las galas de su elocuencia, pidiendo que se hiciera un abrevadero público para las bestias del lugar, tal arte se dió para adornar su peroración, que con no poco asombro vió á los pocos días que lo que se estaba haciendo era echar tapas y medias sueñas á la pila del agua bendita de la única iglesia existente en el pueblo.

Este y otros desencantos, y más que nada las reiteradas amonestaciones de su padre, convencieron á Facundo de que aquel era estrecho campo para quien á tanto podía aspirar, y no sin lágrimas en los ojos hizo renuncia de la carga concejil, despidiéndose de cierta mozueta, que no era insensible á su florida oratoria, y aguardando á que el autor de sus días soltara de entre sus brazos á un mulo, á quien prestaba los cuidados de su ministerio, substituyó en ellos por breves momentos á la doliente bestia, y tomó el camino de aquella corte, que nadie dudaba recibiría con todo entusiasmo á aquel Demóstenes de chaqueta parda, á aquel Cicerón de medias azules y zapatos ferrados.

II

¿Qué hizo Facundo en Madrid? Lo primero de todo buscar un alojamiento en que, si es verdad que le daban alimentos escasos, y no siempre biensanos, en cambio le costaba un ojo de la cara. Después se proveyó de un traje, que le dejaba francas todas las puertas, pero con el que no se encontraba tan suelto como con sus primitivos arreos. Por último, puso en juego algunas recomendaciones, y con el auxilio de ellas comenzó á conocer el terreno donde se proponía sentar el pié.

Los Ateneos, las Academias y las Cámaras fueron desde luego los lugares de preferencia para su estudio. Facundo no careció de talento, y antes de buscar medios de darse á conocer, quería enterarse de las aptitudes de los demás.

Y ¡oh vejación para su amor propio! Él, á quien todos habían hecho creer que era punto menos que ejemplar único en el mundo, se encontraba á la vuelta de cada esquina con uno que le daba quince y raya en lo de hilvanar palabras y enjaretar periodos. De cada adoquín brotaba un orador elocuente; en el rincón menos pensado aparecía una lumbrera de la tribuna, y no parecía sino que en Madrid le había entrado á todo el mundo el prurito de hablar hasta por los codos.

Y aquí de las condiciones de observación que poseía Facundo. En fuerza de seguir con el mayor afán los progresos de aquellas verdaderas máquinas de pronunciar discursos, sacó en limpio una verdad desconsoladora.

Lo de pedir abrevaderos y lograr pilas de agua bendita no era una excepción de la regla. En la corte, á todo el mundo se le iba la fuerza por la boca, y en nadie se advertía otro objeto que el de dar suelta á la sin hueso, sin curarse de alcanzar otra cosa que aplausos incondicionales y bombos, que no escatimaban por cierto los periódicos de todas clases y condiciones.

Facundo comprendía que no había de costarle gran trabajo emular á todas aquellas glorias, que nacían y veía todos los días por docenas. Pero él era ambicioso de suyo y no se contentaba con despedir de sí esas fugaces y deslumbradoras fosforescencias que sólo sirven, como las *Minervas*, para hacer grandes hombres al minuto. Facundo quería ser útil á sus semejantes, y cayendo desde el pedestal á que se había encaramado, comprendió que la palabrería está reñida con la utilidad.

III

Antes de cumplirse el mes de su partida, el hijo del albéitar estaba de regreso en su pueblo, y con gran sorpresa de todos los torrentes de elocuencia que antes salían de su boca, parecían habérsele secado en la corte.

Causando con ello gran desconsuelo á su padre, ahora había que sacarle la palabra poco menos que con tirabuzón.

¿Qué iba á ser del pobre Facundo? Moriría oscuro y olvidado, él, que había nacido para dejar su nombre esculpido en mármoles y en bronce.

Sólo debido al recuerdo de su elocuencia pasada, vió un día en su mano la vara de Alcalde. Pero ni por esas; el hombre estaba decidido á no decir más que lo preciso, y eso con las frases más escuetas y llanas del idioma, y nadie le sacaba de su paso.

Lo raro es que desde aquel punto, el pueblo alcanzó todas las mejoras compatibles con su escaso erario, y las comodidades y el bienestar entraron por las puertas del aquel olvidado lugar.

Y lo que decía su padre: Si callando obraba aquellos verdaderos milagros su Facundo, si se decidiera á hablar, ¿qué sucedería?

ANGEL R. CHAVES.

DE BALCÓN Á BALCÓN

—Gertrudis! ¿Cuándo has venido? —Pues yo he llegado ayer mismo de Alemania y de París, con mi señorita Carmen y mi señorito Gil.
—Ayer. ¿Y tú, Beatriz?
—Vine anoche.
—Ya era hora.
—He estado en Alarracín.
—Viene más gorío y más guapo!...



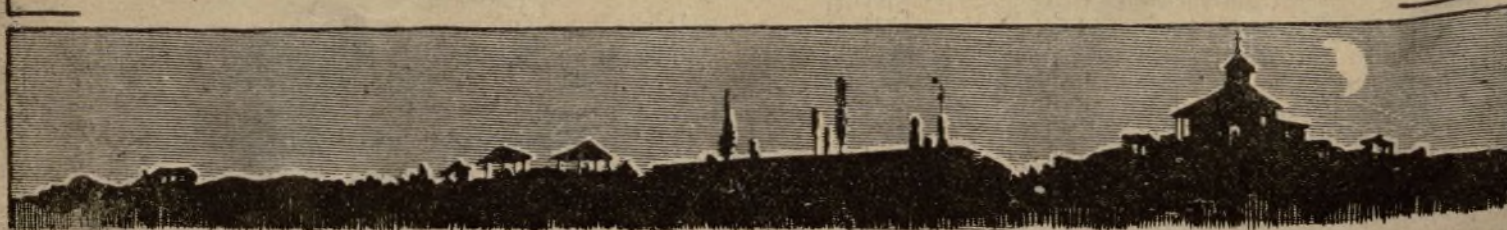
—¡Otra qué Dios, y sagarren como lapas!



—Ove, To ibia. ¿vamos a los columpios?
—¡No; ca luego a gorrilla una!



—¡Saltadme, que me lo como!
¡Dejadle, que le diviso!
—¡Ay, hija, por Dios, qué susto!
¡Dios que me mete el pinchol!





AMALIO FERNANDEZ

—¿Y te has divertido?

—Sí.

Tengo mucho que contar.
—Yo te tengo que decir
buenas cosas... ¡Ay! no sabes
lo que desde que me fui
me he divertido.

—Pues mira,
yo he disfrutado por mí.
—No se lo digas a nadie,
pero ha habido un lío allí,
en el pueblo, entre mis amigos...
Al señorito Joaquín
le cogió la señorita...
(¡si me llegasen á oír!)...
le cogió un día una carta
de una dama de París.
Ella firmaba Loteto,
con unas letras así.
—Como escribe mi señora.
¿Era papel chiquitín,
y tenía las esquinas
de color azul turquí?
—Precisamente.

—¡Dios mío!
¡Quién pudiera presumir!...
—¿Qué coincidencia, Gertrudis!
—¿Y qué ejemplo, Beatriz!
—¡Bueno está el mundo, muchacha!
—¡Pues no es malo que esté así,
que «i murmurar alimenta,
como el sisar con buen fin».
—¿Y á ti, te han salido novios?
—Más no puede salir;
pero en dos meses que he estado
viviendo en Albarracín,
me ha querido un estudiante,
un botero, un alguacil,
dos mozos, tres hortelanos,

y un sacristán... hasta allí.

—Pues yo, por el extranjero,
á pocos hice tilín;
pero en cambio, el señorito...
(¡no lo voyas á decir!)
se ha empeñado en cortejarme,
y me ha puesto, no en un tris,
sino en muchísimos trises.
—¿Es de veras? ¡Qué pillín!
—Me dijo que le quisiera,
y yo le dije que sí,
cierta noche que su esposa
se marchó con una maiss
de Inglaterra por las calles
de London.

—¿Qué zascandil?
También pretendió mi afecto
sin menearse de aquí,
hace tres años ó cuatro.
—Pues bien se puede decir
que si ella es una veleta,
él es un vel-... En fin,
ya estamos de vuelta todos.
¡Dichoso quien ve Madrid!
—Dichosa tú, que has corrido
tantas tierras; yo, infeliz,
no he visto más que tres pueblos
como tres granos de anís.
—Pues fastidiate; nosotros
hemos estado en Berlín.
—¿Y nosotros en Berlín,
que es peor!
—Bueno, á vivir.

—Adiós, que me llama el amo.
—¿Nos veremos luego?

—Sí.
—Pues hasta luego, Gertrudis.
—Hasta después, Beatriz.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

DIÁLOGO PERRUÑO

—¡Guau, guau, León!

—¡Hola, Tom!

—¿Dónde vas?

—Voy de conquista;
á ver si encuentro una perra
cándida, tierna y sencilla,
que acepte mi amor ardiente
á cambio de sus caricias.
—¿Tú sigues tan calavera?
—¿Qué quieres...

—Me das envidia.
—Ellas son mi cuerda floja,
y en ellas cifro mi dicha.
¿Quién dirás que ha sido una
de mis más recientes víctimas?
—¿Alguna galga?
—No tal;
¡la preciosa Favorita!
—¿Buena perra!

—¿La conoces?
—Sí; la conozco de... vista.
Pero, si mal no recuerdo,
es casada...

—Eso no implica.
—Por supuesto, su marido
de mala se enteraría...
—Ya lo creo, se enteró;
mas hizo gorda la vista.
—Es raro...

—¿Te extraña?

—Sí;
porque Tú nunca se achica;
¡que es perro de lana en pecho,
y su fama es conocida!.
—Eso es verdad; pero yo
con un hueso de galina
le tapé la boca...

—¡Ah! vamos;
de ese modo ya varía;
pues es más que poderosa
razón el hambre canina (!).
—Y aunque así no sucediera,
quise yo, y esta es la faja.
—¡Vamos, que eres un Tenorio!
—A otros se les llamaría
con menos razón. En fin,
seguir bien, y ¡hasta la vista!
—Pues adiós... ¡y suerte!

—Gracias.

—¡Vaya una perra divina!
Oiga usted, cacho de gloria...
¡Vale usted más longaniza
que toda la que se encierra
en una salchichera!
¿Quiere usted que la acompañe?...
—¡Uy qué boca más bonita!
(Me mira... baja los ojos...)
¡Y mueve el tabo!... ¡Ya es mía!

RICARDO SOTO.

TEMPERATURAS ARDIENTES



o se puede remediar.

El hombre cálido de suyo, por un «quítame allá
esa paja», se enreda á trompis con su sombra.
La mujer cálida también se enreda con cualquier
motivo.

Naturalezas predispuestas á todo, hasta llegar al crimen, bien
sea por amor ó ya por odio.

Así es que en cuanto empieza á subir el alcohol en el tubo
del termómetro, ya no son dueñas de sí mismas esas personas
ardientes.

Y sobrevienen los homicidios y los suicidios, y los *chullicidios*,
y los *bofetás* entre cónyuges y entre amantes.

Y la fugas de vocales y de cajeros, y de depositarios y chicas
propensas al matrimonio, con ó sin formalidades.

—Mire usted—me aseguraba una vecina,—en este clima no
soy dueña de mi yo misma.

Es una buena moza ó una buena viuda, de veintiseis años de
edad y cuatro de viudez; alta, escultural, de ojos negros; no di-
ré rasgados, porque me parece una crueldad, sino descosidos,
insolentes, porque cuando miran, si npre llegan las miradas
hasta los huesos del hombre á quien enfilan.

Su boca es una perfumería, pero de lujo, porque tiene aromas
que marcan aquel aliento.

Por fin, como decía aquel traspunte, refiriéndose á la primera
act-iz de la compañía:

—Una mujer que había yo de verla en un cráter, y me arro-
jaba con ella.

La pobrecita, en cuanto empieza el calor, anda por casa poco
más que en mallas naturales.

Se sienta en las baldosas del pasillo, y se baña cuatro veces
al día.

—Yo me *asgo*—me decía, porque habla muy bien y correcta-
mente.

No come más que gazpachos, y cuando se acuesta tiene que
adormecerla la patrona de la casa, abanicándola «de cabeza
á rabo».

Empieza el periodo de los caballeros pelones, de esos que pa-
sean con la cabeza libre y el sombrero en una mano y en otra
un abanico.

Los hay que pasan sus días soplando solos ó con cualquiera
otra persona, ó, mejor dicho, á cualquiera otra persona con
quien tropiezan en un camino.

En el parque de Madrid y en las primeras horas de la mañana
oye el transeunte diálogos curiosos.

—Hoy va á ser un día terrible.

—Sí, señor; vamos, que el de ayer fué bueno.

—Figúrese usted: yo tengo en casa un loro, y ayer empezó á
gritar: «¡Fuego!» Era que había visto á mi señora salir del baño,
despidiendo humo.

—En mi casa se pasa el día el aguador entrando y saliendo...

—¿Se beben ustedes el agua?...
—No, que está en relaciones, con buen fin, con la cocinera.

—¿Y eso qué tiene que ver con el calor?

—Que con este calor se le recrudecen las pasiones al hombre.

Pared por medio tengo en mi casa un matrimonio nuevo, que
se recalca: está húmedo el tabique á cualquier hora.

Las chinches y los vecinos de puerta de calle salen á luz.

Se oye el chirrido de las muchachas que tocan el piano.

Como están los balcones abiertos, se escapan los sonidos.

Canta el chico de los de Grillo.

Vaga el mosquito y pica.

¡Oh! ¡verano! ¡oh, estación alegre! ¡oh, mores!

EDUARDO DE PALACIO.

LA GITANILLA

Una gitanilla
con aire flamenco,
me dijo ayer tarde

los vicios que tengo.
Al pié de la letra
me contó al momento.

lo que aquí se narra,
sin marrar un pelo.

Es una chiquilla
con ojos muy negros,
á la que tú adoras
con cariño ciego,
y por la que tienes
constantes descos
de poder quitarla
costumbres y celos,
que tiene la niña
de los ojos negros.

Y tú eres amable,
de carácter bueno,
pero te domina
el vicio del juego;
por este motivo
tienes disgustos,
que á tí no te dejan
dormir con sosiego,
y escribir quintillas,

rimas y sonetos.

Entonces le dije:
Toma estos dos perros,
que tú me conoces
cuando dices eso.

Al irse me dijo:
Adiós, so tonituelo;
ignoras que he sido
tu novia hace tiempo;
porque las viruelas,
y este traje viejo,
me han desfigurado
la cara y el cuerpo.

¡Y á mi mente vino
el triste recuerdo,
de cuán desgraciada
era la Consuelo,
la antigua muchacha
que quiso mi pecho,
y que le juraba
amor verdadero!

MANUEL OCEADA.

CON PUNTOS Y COMAS...

Vecina hermosa, mi luz, mi cielo
(y usted perdone que le hable así),
Luceño quiere tomarme el pelo...
¿vió usted qué carta? yo me desvelo;
¿por qué tratarme tan mal á mí?

Me llama pillo; ¡pillo, vecina!
que soy, afirma, de lo peor;
por atrevido me recrimina,
y, comparándose con la quina,
dice que finjo mentido amor.

Eso es cinismo; pero aseguro
que yo en mi vida consentiré
tales insultos; mi amor es puro,
puro, vecina; yo se lo juro,
y desde luego créame usted.

¿Que estoy casado? no es culpa mía;
¿cuantos se encuentran en caso igual
por un capricho... por tontería...
¿Si hoy el casarse, vecina mía,
es una cosa tan natural...

Eso no debe darle cuidado,
porque al amarnos, niña, los dos,
aunque resulte ser un pecado,
como á otros muchos ha perdonado,
que nos perdona á nosotros Dios.

¿Que tengo chicos? ¿Y quién se atreve
á calumniarme, vecina, así?...
¿Javier Luceño? pues que lo pruebe;
él, que lo dice, saberlo debe...
¿tendré algún hijo yo por ahí?...

Si fuera cierto, ¿quién me los cría?
¿Quién con mi nombre los bautizó?
¿Pues vaya un padre que yo sería!
¿Quién esto escucha sin que se ría,
si hasta al pensarlo me río yo?

¿Que tengo suegra? ¡vaya una cosa!
esto no debe extrañar á usted;
luego, mi suegra es fea, horrorosa,
y usted es la rubia más primorosa
que yo en mis sueños imaginé.

No haga usted caso, pues, de Luceño,
porque Luceño la quiere mal;
yo á usted la adoro con loco empeño;
de sus encantos quiero ser dueño;
mi amor es grande, fenomenal.

Y si la duda le atormentara,
voy á pedirle sólo un favor:
fije sus ojos, rubia, en mi cara,
después observe la cara rara
de ese Luceño, que causa horror;

y al que usted crea que es más hermoso,
le otorga pronto su amor, su fe...
Yo me prometo ser el dichoso...
Luceño es negro, feo, horroroso,
y yo soy... ¡rubio, como es usted!

MANUEL CEREZO DE AYALA.

QUISICOSAS

A decir la verdad, niña,
estando lejos de tí,
los placeres de la vida
no son nada para mí.

Yo creo que dura tanto
el placer de los amores,
como el fulgor del relámpago
y el aroma de las flores.

Tienes, morena, unos ojos
tan negros como el carbón,
y á pesar de su negrura
alumbran mi corazón.

Para no verte á menudo
quisiera perder la vida,
que es preferible perderla,
estando comprometida.

RICARDO R. VILARIÑO.

MI GLORIA

Estaba yo pensando cierto día
en una gloria que mi alán buscaba,
y abismada mi mente, no encontraba,
cuál la más pura, la mayor sería.

Raudo mi pensamiento recorría,
cuantas delicias á su paso hallaba;
y extendiendo su vuelo, se elevaba,
y cortando su vuelo, descendía.
De pronto una luz viva me ilumina;
tu recuerdo me viene á la memoria
como si fuera inspiración divina;
Tu imagen vi ante mí... canté victoria;
no se si fué delirio que alucina,
pero es lo cierto que encontré mi gloria.

FRANCISCO RUIVERRIZ DE TORRES.

ENTREMESES

Hemos tenido el gusto de recibir el tomo XLVIII de la *Biblioteca selecta*, que con creciente y justificado éxito publica el editor valenciano D. Pascual Aguilar.

El citado tomo se titula *Viaje á Atenas*, y su autor es el distinguido escritor D. Enrique Gaspar, cuyo solo nombre nos releva de hacer el elogio del nuevo libro. Hé aquí el sumario del mismo, según los capítulos en que está dividido:

Capítulo I: de Valencia al Pireo.—Capítulo II: El puerto, Fisonomía de Atenas, Indumentaria.—Capítulo III: La fragata Arapiles, Etimología del nombre de Atenas, El Acrópolis.—Capítulo IV: Historia política de Atenas. Sus ruinas.—Capítulo V: Ceremonias, bautizos, bodas, entierros.—Capítulo VI: Costumbres, Las cuaresmas, Las visitas, El café á la turca, El narghilé, El año nuevo, El Carnaval, Poros, Queserianis, El Parnaso y Byron, La Semana Santa, la Pascua de Resurrección.—Capítulo VII: Un paseo á Maratón.—Capítulo VIII: Ciencias, artes, literatura, industria y comercio.—Capítulo IV: Influencia del teatro griego sobre la dramática general, Su desarrollo, Sus tendencias, Su fin.

El precio, como siempre, 2 reales, y los pedidos al editor, don Pascual Aguilar, Caballeros, 1, Valencia.

En casa de doña Clara
se encontraba cierto día
un joven que nadie había
quien sus años acertara.

Mas calándose los lentes
el alféitar D. Simón,
con seriedad:—¡Veinte son!—
dijo mirando á sus dientes.

El domingo 10 del actual se verificó, ante numerosa concurrencia, en los salones del «Centre Catalán», una brillante velada, en la cual obtuvieron justos y merecidos aplausos las señoritas que en ella tomaron parte, distinguiéndose la bella y simpática señorita Adelina Domínguez.

Hemos recibido el primer número de la revista ilustrada *Blanco y Negro*. Agradecemos la visita, y le deseamos buena suerte y muchas suscripciones.

IMPRENTA DE B. BARTUILLI Y GARCIA
Trafalgar, núm. 9, bajo.

MISCELÁNEA, por LUQUE



—¿Sale usted dónde andará mi mujer? Yo no estoy seguro, y como dicen que usted es de seguridad!



Del Memis Club, ¡a robar corazones!



Vaya un talle y un meneo;
¡qué lástima que el malido
me haya ha tiempo plometido
un palo si la fleteo!



Int. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36